

ENTRE EL NORTE Y EL SUR:
NORTEAMERICANIZACIÓN EN MÉXICO
Y CHILE EN EL SIGLO XX TEMPRANO.
UNA VISIÓN COMPARATIVA

Stefan Rinke y Sylvia Dümmer Scheel

Freie Universität Berlin

Es conocida la intensa influencia norteamericana que los países latinoamericanos –y no sólo ellos– recibieron tras la segunda guerra mundial.¹ La ahora indiscutible potencia exportaba su estilo de vida, sus formas de consumo y sus productos comerciales a buena parte del mundo. Sin embargo, dicho proceso no surgió en ningún caso en 1945. Ya desde 1900 se observaban signos de una llamada “norteamericanización” cultural en América Latina, los cuales, aislados en un principio, se masificaron rápidamente. Así, en las primeras décadas del siglo xx, los mexicanos urbanos ya iban a tomar “sundaes” y “banana splits” a Sanborns (la primera fuente de sodas del país), consumían Orange Crush e iban al cine a ver estrenos de Hollywood, mientras el “Ratón Miguelito” remplazaba al payaso

¹ Para el caso de Chile véase RINKE, *Begegnungen mit dem Yankee*, pp. 3-4; para el caso de México, véanse MORENO, *Yankee don't go home!* y GUDIÑO, “Salud para las Américas”.

en cuanto a entretenimiento infantil.² El “american way of life” se imponía y causaba, al mismo tiempo, recelo y fascinación. Así, surgían posibilidades de intercambio entre los espacios “norte” y “sur”, atribuibles a los procesos de globalización de la época.

El proceso no fue homogéneo a lo largo de América Latina, pero sí hubo importantes similitudes entre un país y otro. En este artículo compararemos los casos de México y Chile, sobre los cuales, por cuya respectiva cercanía y lejanía geográfica con Estados Unidos, podría pensarse que representarían ejemplos opuestos; idea que se vería reforzada además por los estrechos vínculos de Chile con Europa durante el siglo XIX y la inexistencia de guerras entre este país y Estados Unidos. Sin embargo, pese a las diferencias evidentes, existen importantes similitudes que hacen posible establecer un paralelo entre cómo vivieron ambas naciones el proceso de encuentro con el país del norte, demostrando la amplitud geográfica de la penetración económica estadounidense y la importancia de los medios de comunicación de masas en la propagación del estilo de vida norteamericano. Para ello analizaremos en qué aspectos de la vida cotidiana se expresó el contacto cultural, cuáles fueron las vías por las que éste llegó a México y Chile, y, especialmente, qué reacciones generó este proceso en ambos países.

La norteamericanización —o americanización— puede ser entendida como la adopción, impuesta o voluntaria, de productos, vestimentas, estilos, formas de organización social o

² “A true fruit drink —the most popular in the world— comes to Mexico”, *Mexican Life* (jun. 1926), p. 32; “1910-1935. Lo que va de ayer y hoy”, *Revista de Revistas* (27 ene. 1935), pp. 19-22; “Walt Disney, el padre de Mickey”, *Zig-Zag* (12 sep. 1931), pp. 93-94.

modos de producción provenientes de Estados Unidos, siendo con frecuencia esta incorporación del “american way of life” considerada un proceso de modernización. Es importante destacar, como señala Claudio Lomnitz, el hecho de que esta influencia es vista por los locales como algo foráneo, ajeno, y por lo tanto opuesto a las tradiciones propias.³ De ahí la resistencia que muchas veces encuentra.

En la comprensión de este proceso es necesario cuestionar el modelo convencional⁴ que suele presentar, por una parte, a un centro modernizador, y por otra, a una periferia tradicional y dependiente que se subordina e incorpora pasivamente las influencias foráneas.⁵ Por el contrario, hay que entender que en los contactos interculturales no sólo hay cohesión y ósmosis, sino también confrontación y diálogo.⁶ En ese sentido, la influencia norteamericanas no

³ Lomnitz aclara que existe una segunda acepción de americanización: la nacionalización y adaptación al gusto local, en Estados Unidos, de innovaciones o elementos de otras partes del mundo. No es a ese tipo de americanización al que nos referiremos en este artículo. LOMNITZ, “‘Americanization’ and Mortuary Ritual”.

⁴ Sobre la crítica del concepto convencional de “americanización”, véase ROSEBERRY, “Americanization in the Americas”, pp. 80-91; JOSEPH, “Close Encounters”; ROSENBERG, “Turning to Culture”, pp. 497-502; CORONIL, “Beyond Occidentalism”, pp. 52-87.

⁵ Aportes más recientes relativos a la historia de América Latina e inspirados en enfoques poscolonialistas han demostrado que las divisiones entre moderno-tradicional e imperialista-dependiente no son sostenibles, en especial en el ámbito cultural. ROSEBERRY, “Social Fields and Cultural Encounters”, p. 517; FEIN, “Everyday Forms of Transnational Collaboration”, pp. 404-405; KING, *Mediating Two Worlds*; BREINIG, *Interamerikanische Beziehungen*, pp. 7-11; NUGENT, *Rural Revolt in Mexico*; PALMER, *U.S.-Caribbean Relations*; DOTY, *Imperial Encounters*.

⁶ François Laplantine y Alexis Nouss, citados por GARCÍA CANCLINI, *Hybrid Cultures*, p. xxxi.

fue simplemente adoptada por la así llamada periferia, sino que fue interiorizada y reapropiada por ésta. En este proceso sufrió transformaciones, surgiendo del encuentro nuevos símbolos culturales de carácter híbrido y heterogéneo.⁷ Este proceso, que en los estudios culturales ha sido llamado “hibridación”, ha sido definido como los modos en que formas y prácticas separadas se recombinan dando lugar a nuevas formas y nuevas prácticas,⁸ teniendo presente que el resultado no es una simple fusión sino que conlleva también contradicciones y resistencias.⁹

En este caso, la respuesta de chilenos y mexicanos ante la influencia del norte no fue unánime. Por el contrario, la “norteamericanización” despertó reacciones encontradas. Algunos observadores se admiraban de los aspectos modernizadores de este nuevo modelo cultural, que prometía

⁷ En relación con los resultados de la antropología cultural en este contexto véase KROES, *If You've Seen One*, p. 164; HANNERZ, *Cultural Complexity*, ocupa el término “creolización”; PRATT, *Imperial Eyes*, utiliza el término “transculturación”; véase el parecido concepto de “hibridación” en García Canclini, quien intenta superar a partir de éste la dicotomía entre lo tradicional y lo moderno en la cultura latinoamericana.

⁸ Rowe y Shelling, citados por NEDERVEEN, “Hybridity”. Es importante tener en cuenta que la hibridación no se da entre dos entidades que puedan considerarse “puras”; más bien se trata de estructuras que son resultado a la vez de otras hibridaciones previas y que están en permanente transformación. Véase GARCÍA CANCLINI, *Hybrid Cultures*, p. xxv.

⁹ GARCÍA CANCLINI, *Hybrid Cultures*, p. xxix. El autor explica además que los procesos de hibridación ocurren de manera no planeada pues son el resultado no previsto de procesos de migración, turismo o, como en este caso, intercambios de comunicación y económicos. Sin embargo, muchas veces la hibridación emerge de la creatividad individual y colectiva, de la forma en que aquellos que enfrentan las influencias foráneas se adaptan a ellas. Por ello plantea no centrarse en “lo híbrido”, sino en el “proceso de hibridación” como objeto de estudio (p. xxvii).

libertad y variedad. Otras voces, en cambio, ponían énfasis en el lado amenazante de esta influencia y en la decadencia y caducidad con que asociaban a la cultura estadounidense. Una reacción a este proceso fue la búsqueda y redescubrimiento de lo propio en los distintos países, como se deja ver con claridad en los casos de Chile y México.

Cabe hacer notar que la norteamericanización estuvo muy ligada al surgimiento de la cultura de masas, y fue en especial por medio de ellas que los valores y entretenimientos de Estados Unidos se expandieron en otros países, al tiempo que diluían el monopolio cultural de las clases altas locales.¹⁰ Las nuevas formas culturales se transmitieron en especial mediante periódicos y revistas, radio y cine, por lo que su influencia se limitó a la población que tenía acceso a dichos medios, es decir, a un público principalmente urbano. Aunque, como explicaba Manuel Gamio en 1926, los Ford, las máquinas de coser y el fonógrafo habían llegado ya a las más remotas aldeas indígenas en México, se trataba de mera introducción de maquinaria que, por no ir acompañada de un entendimiento de las actitudes y aspiraciones de los indígenas, no resultaba en una “fusión” cultural.¹¹

A continuación vamos a demarcar el contexto de desarrollo de la norteamericanización en México y Chile y a decir algo sobre las bases del encuentro. Después nos referiremos a la recepción, en ambos países, de las entretenciones norteamericanas de la “era del jazz”, para centrarnos luego en las críticas que estas apropiaciones desataron entre los locales. La cuarta parte aborda el nacionalismo cultural como

¹⁰ RINKE, *Cultura de masas*.

¹¹ GAMIO, “The Indian Basis of Mexican Civilization”, pp. 121-122.

reacción a la penetración de influencias foráneas, mientras la quinta trata la hibridación inherente a este proceso.

FUNDAMENTO

Dada su proximidad geográfica, México y Estados Unidos estuvieron en contacto desde los inicios de su vida como naciones independientes. Incluso una importante superficie de territorio mexicano pasó a manos de Estados Unidos tras la guerra de 1846-1849, quedando entre ambos países una zona de importante hibridación cultural. El triunfo del liberalismo en la segunda mitad del siglo XIX y en especial la estabilidad forzada que traería luego la dictadura de Porfirio Díaz generaron una fuerte interconexión económica, donde México proporcionaba materias primas y adquiría productos manufacturados, mientras Estados Unidos invertía sus capitales en el lado mexicano, desarrollando sobre todo la minería.¹² Por su parte, la cercanía geográfica hacía que gran cantidad de mexicanos cruzara la frontera para ir a trabajar al norte, o, como ocurriría más tarde, para escapar de la violencia e inestabilidad tras la Revolución. De hecho, entre 1900 y 1930 en Estados Unidos había aproximadamente 1 000 000 de mexicanos, entre legales e ilegales.¹³ El vínculo entre ambos países fue desde siempre significativo, y se vio reflejado también en un importante contacto cultural en el que las influencias fluían hacia ambos lados.¹⁴ De hecho, no sólo Estados Unidos influiría culturalmente sobre México, sino que en los

¹² MEYER y VÁZQUEZ, *México frente a Estados Unidos*, pp. 77-107.

¹³ MEYER y VÁZQUEZ, *México frente a Estados Unidos*, p. 160.

¹⁴ Véase el conjunto de ensayos sobre interacciones transnacionales a partir del turismo, la diplomacia o el muralismo, entre otros, y las “miradas”

años veinte y treinta surgió en el país del norte un fuerte interés por todo lo que fuera mexicano, resultando en un rescate de su folklore, música y artes visuales.¹⁵

Para Chile, en cambio, hacia 1900 Estados Unidos fue un nuevo descubrimiento. El punto de inflexión fue la guerra por Cuba contra España, en 1898, luego de la cual Estados Unidos fue “descubierto” en Chile como una fuerza amenazante: pronto se empezó a hablar del “peligro yanqui”.¹⁶ Los contactos con el país del norte rápidamente se volvieron intensos. La introducción de la prensa ilustrada a principios del siglo xx amplió el conocimiento que se tenía de éste, mientras la fuerte penetración económica norteamericana en el país vinculó a ambas naciones de manera mucho más estrecha. Estados Unidos se convirtió en el principal mercado para el salitre chileno, al tiempo que los norteamericanos desarrollaron importantes inversiones directas en el país en ámbitos como la banca o los ferrocarriles, pero en especial en el campo minero.¹⁷ Hacia 1930, el país ya se había convertido en uno de los centros más importantes de actividades norteamericanas en Latinoamérica. En sentido figurado, la distancia entre Chile y Estados Unidos se acortó. No obstante, pese a la intensificación de las relaciones comerciales entre ambos países, en 1925 México consumía

mutuas entre México y Estados Unidos, contenidos en AZUELA y PALACIOS, *La mirada mirada*.

¹⁵ DELPAR, *The Enormous Vogue*.

¹⁶ Respecto del significado de la guerra, véase HILTON e ICKRINGGILL, *European Perceptions*. El argentino Manuel Ugarte utilizó en América Latina la expresión “peligro yanqui” ya en 1901, como título de un ensayo ampliamente leído. UGARTE, *La nación latinoamericana*, p. xviii.

¹⁷ RINKE, *Begegnungen mit dem Yankee*, pp. 35-59.

en total cuatro veces más productos norteamericanos que Chile,¹⁸ lo cual es sólo un ejemplo de que sus vínculos seguían siendo mucho mayores.

Las relaciones de Estados Unidos y los países latinoamericanos estuvieron teñidas, desde sus inicios, por un fuerte antiamericanismo. En México, la guerra de mediados del siglo XIX que le arrebató la mitad de su territorio generó una obvia sensación de resentimiento, que las consiguientes intervenciones norteamericanas en los asuntos del país —como la invasión de Veracruz en 1914— no harían sino exacerbar. El antiamericanismo surgía además debido a la agresión comercial norteamericana y a los privilegios obtenidos por sus ciudadanos durante el profiriato,¹⁹ unido a la actitud de superioridad y de intervencionismo con que se presentaban los americanos. Por su parte, los inmigrantes que iban a trabajar al norte llegaban relatando el mal trato del que habían sido víctimas, con el consiguiente rechazo que ello producía.

Aunque no hubo guerras de por medio, en Chile hubo también motivos para que surgieran sentimientos antinorteamericanos. Cuando en los años veinte tocó a Estados Unidos ser árbitro en el conflicto de Chile con Perú/Bolivia por la pugna sobre Tacna y Arica, se dejó ver en la prensa nacional la existencia de un sentimiento antiamericano. Se echó en cara a los yanquis tener preferencia por la parte peruana, e incluso se extendió el rumor de que Estados Unidos quería anexionarse las zonas en disputa.²⁰ En las caricaturas de

¹⁸ “Mexico among ten best US clients”, *Mexican Life* (mayo 1925), p. 32.

¹⁹ ASTIÉ-BURGOS, *Encuentros y desencuentros*.

²⁰ “El general Lassiter fué ayer objeto de una silbatina”, *El Mercurio* (18 jun. 1926), p. 1; y teniente Griswold a coronel Parker, Tacna, 6 de marzo

prensa se representó al Tío Sam como una figura imperialista, codiciosa y fea. Estados Unidos también fue criticado por intelectuales chilenos por su intervencionismo en Centroamérica en los años veinte.

Mientras los trabajadores mexicanos entraban en contacto con el yanqui al cruzar la frontera, los trabajadores chilenos experimentaban encuentros similares al trasladarse del centro y sur al norte del país a laborar en los enclaves mineros (especialmente cupríferos), propiedad de norteamericanos. Estos enclaves eran verdaderas ediciones en miniatura de Estados Unidos, en los que, mediante el contacto diario con sus empleadores norteamericanos, los trabajadores chilenos se enfrentaban a la ética del trabajo y conceptos morales de los yanquis. Pese a que los salarios eran en términos relativos algo mejores que los que se obtenían en el país, los trabajadores sufrían de maltrato y discriminación, lo que despertó quejas y generalizó una sensación de resentimiento. Así, los yanquis hirieron en más de una ocasión el orgullo del pueblo chileno cuando acaparaban crecientemente la economía chilena, tutelaban el gobierno y aparecían sin consideraciones en la escena latinoamericana.²¹

En ambos países, había sentimientos antinorteamericanos que coexistían, sin embargo, con ideas de fascinación y admiración hacia el país del norte y lo que éste representaba:

de 1926), 305A, Information Reports, Tacna Arica Arbitration, RG 76, NA. Sobre la prensa local: “La verdad sobre nuestros jueces”, *La Aurora* (15 jun. 1926), p. 1; y “Los actores del plebiscito”, *La Aurora* (16 jun. 1926), p. 1. Respecto de los rumores, véanse “El capital norteamericano [...]”, *El Industrial* (19 ago. 1927), p. 1; y “Bolivia [...]” *El Mercurio* (23 mar. 1926), p. 3.

²¹ RINKE, *Begegnungen mit dem Yankee*, pp. 120-143.

el mundo del futuro. Así, el proceso de norteamericanización se fue dando, en este ambivalente escenario, como un proceso de continua negociación.

¿Cómo se fue generando el mayor conocimiento de Estados Unidos? Los contactos se daban, en primer lugar, por viajes de chilenos y mexicanos hacia Norteamérica. Mientras que la cercanía entre México y Estados Unidos permitió un contacto temprano, para los chilenos las posibilidades de desplazarse por el continente se ampliaron con la apertura del Canal de Panamá y las mejoras en la infraestructura. Ya fuera en misión oficial, como estudiantes o como turistas, estos viajeros acrecentaban sus conocimientos y experiencias de Estados Unidos y las daban a conocer entre sus compatriotas.

Sin embargo, la experiencia de conocer Norteamérica no quedó restringida al todavía pequeño número de privilegiados que podían costearse viajes al norte, sino que se volvió también relevante para aquellos que se quedaban en su patria. Ello, por una parte, gracias a los yanquis que viajaban por América Latina y que para algunos observadores representaban una verdadera “invasión”. Luego, y especialmente, en virtud de la enorme influencia que ejercían los medios norteamericanos en un público masivo local cada vez más conectado con el mundo. No sólo los medios escritos llevaban a México y Chile el estilo de vida americano, también el cine, la caricatura, el cómic y los programas de radio.

La norteamericanización de sus países fue percibida por los contemporáneos en los más diversos aspectos de la vida nacional. Una instancia fue, por ejemplo, la incorporación de estándares de higiene y salubridad. Los nuevos restaurantes “al estilo norteamericano” que aparecían en México se caracterizaban por ser pulcramente limpios y bien ilu-

minados, quedando separados de la cocina por un vidrio para que se pudiera ver la preparación de los alimentos y se alejara el humo y los olores del restaurante.²² También las nuevas formas de urbanizar seguían el modelo norteamericano, resaltando la salubridad en la forma de vivir. Las casas que se construían en las Lomas de Chapultepec en la década del veinte permitían “combatir los gérmenes” mediante la entrada del aire puro y del sol. Por ello, a diferencia de la arquitectura imperante de inspiración colonial española, se trataba de casas rodeadas de jardines con flores, localizadas en suburbios que quedaban lejos del contaminado centro de la ciudad.²³ En Chile, en tanto, según argumentaba el agregado comercial de Estados Unidos en Santiago en 1928, 80% de las nuevas construcciones eran de estilo norteamericano, notándose esta influencia también en sus mobiliarios, como bañeras, roperos, cocinas y comedores.²⁴

La vida en los suburbios potenciaba por su parte el protagonismo del automóvil, cuyo número crecía con rapidez. Los automóviles, ya fuera circulando por las carreteras o estacionados, junto con las consiguientes gasolineras que aparecían en las esquinas y los semáforos parpadeando en la noche, daban la nota de un país “moderno, febril y norteamericanizado”.²⁵

²² “American Business Methods gaining in Mexico”, *Mexican Life* (ene. 1928), p. 41.

²³ Howard Phillips, “The coming of a New City”, *Mexican Life* (mar. 1925), p. 20; Howard Phillips, “Health and the new home”, *Mexican Life* (abr. 1925), p. 20.

²⁴ PURCELL, “Una mercancía irresistible”, p. 61.

²⁵ “Henry Ford Planning to build factory in Mexico”, *Mexican Life* (mayo 1925), p. 41; “El automovilismo en México”, *Revista de Revistas* (27 ene. 1935), pp. 78-82; “La Ford Motor C. y su sucursal en Chile”, *La Nación*

Desde el norte también penetraron nuevas formas deportivas, que vinieron a cambiar los entretenimientos locales. El atletismo comenzó a popularizarse a partir de la práctica que de éste hacía la colonia norteamericana y, en especial, del impulso que le dio la YMCA. No obstante, uno de los deportes que entró con mayor fuerza en ambos países fue el boxeo, gracias a la visita de pugilistas y profesores norteamericanos. Pronto se convirtió en un espectáculo de masas en ascendente popularidad. Además de apoyar a los deportistas locales, mexicanos y chilenos podían seguir las peleas de box norteamericanas desde sus casas por medio de la radio. El mundo de los entrenadores, los premios en dinero, las campañas publicitarias y las noticias sensacionalistas asociadas al box fueron interpretados como expresiones típicas del materialismo americano, un símbolo de los tiempos modernos.²⁶

Con todo, donde el influjo norteamericano fue más claro y visible fue en los nuevos ritmos musicales y bailes de

(27 feb. 1927), p. 9; “En la Ford Motor Co.”, *Zig-Zag* (19 ene. 1928); “Ford en Valparaíso”, *La Unión* (7 dic. 1929), p. 3; y “La Ford Motor”, *La Unión* (23 oct. 1929), p. 1. Sobre la política de negocios de Ford en el extranjero, véase WILKINS y HILL, *American Business Abroad*, pp. 147-149 y 200-202. Sobre la celebración del auto número 10 000, véase Embajada de Estados Unidos a Secretary of State, Santiago, 10 de octubre de 1930, 825.00/General Conditions/21, RG 59, NA.

²⁶ “Veinticinco años de vida deportiva”, *Revista de Revistas* (27 ene. 1935), p. 119; “La pelea Joe Louis-Tommy Farr”, *Hoy*, 29 (11 sep. 1937); “Y.M.C.A.”, *Pacífico Magazine*, 1 (1921), pp. 486-488; “El formidable Johnson”, *Sucesos* (23 ene. 1919); “El verdadero valor de Dempsey”, *Pacífico Magazine*, 2 (1920), pp. 63-67; “El match Dempsey-Sharkey”, *Diario Ilustrado* (23 jul. 1927), p. 3; “El estilo en los sports”, *Chile Magazine* (dic. 1921), p. 178; “Hacia la verdadera democracia”, *Los Sports* (4 nov. 1924); “En EE.UU [...]”, *El Mercurio* (6 mar. 1927), p. 5; “Desde los EE.UU.”, *Los Sports* (7 mar. 1930).

los años veinte, ambos directamente importados de Estados Unidos y abrazados por un naciente público entusiasta tanto en Chile como en México, como se verá a continuación.

ARTE Y ENTRETENCIÓN EN LA “ERA DEL JAZZ”

Las nuevas formas de entretenimiento que llegaron en los años veinte desde Estados Unidos se daban en un cambiante contexto urbano. La velocidad, el movimiento y el ruido de las nuevas ciudades, motorizadas e iluminadas, parecían reflejarse en ellas. “¡Todo es movimiento!”, decía un crítico del periódico chileno *La Nación* y se quejaba de que en vez del elegante vals, tenía que ver el “epiléptico shimmy”, y que en vez de los calmados tonos de la guitarra debía escuchar “el afanoso teclear de los *Underwood*”.²⁷

El jazz, el shimmy, el charleston, el black bottom y el foxtrot se convirtieron en verdaderos “símbolos de la época”, y su atractivo se volvió irresistible. En Chile, por ejemplo, creció rápidamente el jazz con grabaciones propias.²⁸ Además llegaron profesores de baile desde Estados Unidos a enseñar los nuevos pasos a un público entusiasta, y los concursos de shimmy se convirtieron en uno de los pasatiempos favoritos. Incluso en los días de fiestas nacionales se bailaban los nuevos bailes norteamericanos. En Santiago abrieron numerosos locales de baile, los así llamados “dancings”, donde la clientela predominantemente

²⁷ “Santiago nuevo”, *La Nación* (1^o nov. 1921), p. 12.

²⁸ “La época del Jazz”, *Diario Ilustrado* (15 jul. 1927), p. 3; “Las ojeras del Jazz”, *Zig-Zag* (4 jun. 1932); Alfredo Casella, “La lección del Jazz”, *Hoy* (2 sep. 1932), p. 55; véanse también “Jazz Band [...]”, *Últimas Noticias* (6 ago. 1929), p. 8.; GONZÁLEZ, “Vertientes”, pp. 42-43.

joven disfrutó de una vida nocturna cada vez más salvaje. En 1928, el entusiasmo había alcanzado tal envergadura que la municipalidad de Santiago tuvo que tomar medidas contra los molestos ruidos nocturnos.²⁹ En la ciudad de México, en tanto, se bailaban en Ritz Carlton y en Armenonville, o en los clubes Polo Club, Swástika y Country. Pese a las resistencias iniciales, ahora hasta las autoridades se dejaban llevar por los nuevos ritmos: “¿Acaso no hemos visto hoy en día bailar el ‘chárleston’ a profesionales y ministros de Estado, a las eminencias de la banca y de la literatura?”, decía *Revista de Revistas* en 1926.³⁰ Los nuevos bailes causaban furor. En ello llamaba la atención que éstos encontraron gran aceptación precisamente por su carácter americano. Comportarse como un americano significaba para muchos jóvenes chilenos y mexicanos el quiebre con las convenciones y por ello una experiencia liberadora.³¹

²⁹ “Marcha Two Step”, *Familia*, 1 (mayo 1910), p. 29; “Santiago de hoy”, *Diario Ilustrado* (5 feb. 1928), p. 1. Véase también “La filosofía del Fox Trot”, *Zig-Zag* (2 oct. 1920). GONZÁLEZ, “Vertientes”, p. 38. Sobre el ruido: “Ruidos nocturnos”, *El Industrial* (25 ene. 1928), p. 1. *La Nación* ofreció a los lectores en 1925 un curso de baile fotográfico con la estrella de cine Bessie Love: “El ‘Charleston’”, *La Nación* (9 dic. 1925), p. 1; John Overstreet, “Shall we go to a Theatre, Dearie [...]?”, *Mexican Life* (ene. 1925), p. 40; “Terpsichore, old and new”, *Mexican Life* (jun. 1926), p. 16; “El tangolio, baile de moda en Nueva York”, *Revista de Revistas* (30 ago. 1925), p. 27; “El baile moderno y las muchachas ‘bien’. Del vals vienés al charlestón acróbata”, *Revista de Revistas* (14 mar. 1926), p. 19.

³⁰ “El baile moderno y las muchachas ‘bien’. Del vals vienés al charlestón acróbata”, *Revista de Revistas* (14 mar. 1926), p. 19

³¹ “La filosofía del Fox Trot”, *Zig-Zag* (2 oct. 1920); “Y aquella noche”, *Ultimas Noticias* (18 feb. 1925), p. 19; “El desnudo y la edad de la piscina”, *La Nación* (18 oct. 1929), p. 3.



“Terpsichore, old and new. Two drawings by Matias Santoyo”, *Mexican Life* (jun. 1926), p. 16.

Los bailes venían acompañados de la nueva moda en el vestir. Se trataba de las *flappers* o pelonas, que podían verse paseando tanto en la calle Madero en la ciudad de México como en las calles del centro de Santiago. Llevaban el pelo corto, la falda sobre la rodilla, los labios pintados y fumaban en privado.³² Entre los hombres, se impuso el “chiquillo jazz”. Éste se reconocía por su vestimenta y actitud desenfadada, que algunos críticos describieron como “típicos yanquis”.³³

Uno de los principales vehículos donde las nuevas modas y ritmos hacían su aparición era el cine norteamericano,

³² “Along and About the Streets”, *Mexican Life* (oct. 1925), p. 8; “Editorials: The Mexican Flapper –a Revolutionary Phase”, *Mexican Life* (jul. 1926), p. 22; “We have with us today [...]”, *Mexican Life* (ago. 1926), p. 30; PURCELL, “Una mercancía irresistible”, pp. 61-62; RINKE, “Voyeuristic Exoticism”, pp. 159-180.

³³ “El chiquillo ‘Jazz’”, *Diario Ilustrado* (18 abr. 1930), p. 5; “Jazz-Band”, *El Mercurio* (11 nov. 1923), p. 5.

cada vez más popular.³⁴ Éste, gracias a su plasticidad gráfica y al lenguaje hablado del reciente cine sonoro, llegaba a la totalidad de las masas –incluso las analfabetas– con gran fuerza persuasiva.³⁵ Se decía que incluso el obrero y el campesino mexicano, sin saber leer la historia de México, conocían perfectamente “el heroísmo de los cowboys y de los aventureros americanos”.³⁶ Hollywood no sólo ponía de moda bailes y estilos musicales, sino que también popularizaba el idioma inglés y promovía las costumbres y artículos manufacturados norteamericanos que podían verse en las películas. Pero, sobre todo, imponía modas y estilos por medio de sus estrellas, cuyas fotografías aparecían copiosamente en las revistas de la época. En los años veinte *Revista de Revistas* incluía secciones de la moda en Hollywood, mientras en los treinta, en *Hoy*, se multiplicaban las secciones sobre el tema: “La vida de los artistas”, “Cómo viven las estrellas”, “Charlando con los astros”, “Hoy en Hollywood”.³⁷ Por eso un crítico se quejaba de

³⁴ Informe de Vice-cónsul de EEUU en la Ciudad de México, 10 de marzo de 1917, Foreign Affairs, Consular Post, Mexico City (84/350/32/10/04), Box 310, NA; De Vice-cónsul de EEUU en Ciudad de México, 2 de julio de 1919, Foreign Affairs, Consular Post, Mexico City (84/350/32/10/04), Box 388, NA; PURCELL, “Una mercancía irresistible”.

³⁵ Hollywood se preocupó de realizar versiones en español de sus películas, las llamadas “hispanics”; véase VEGA ALFARO, “Modernidades de una misma crisis”, pp. 273-276.

³⁶ Renato Molina Enríquez, “Exposición de motivos para la creación de una intendencia de control federal de películas cinematográficas, dependiente de la presidencia de la república”, AGN, *Presidentes, Pascual Ortiz Rubio*, exp. 179 (1930) 12113, p. 1, sin fecha (entre 1930 y 1932).

³⁷ Para el caso de Chile, véanse también: “Figuras de la pantalla”, *La Nación* (16 jul. 1920), p. 9; Armando Zegri, “Rudolph Valentino”, *La Nación* (7 nov. 1926), p. 4; y “Los grandes amantes del cinematógrafo”, *Zig-Zag* (7 jul. 1928).

que Hollywood influyera sobre las modas como ningún otro medio:

Basta recordar la prontitud con que nuestras mujeres aceptaron la moda de la falda larga, tan luego como la vieron usada por las actrices de cine, y como se dejaron crecer el pelo, cuando vieron que así lo hacían las principales estrellas, ¡lo que no habían podido lograr las encíclicas de dos Papas ni los sermones de miles de Sacerdotes!³⁸

También la sociedad chilena fue muy receptiva con el cine americano:

Es verdad. El Cine tiene su influencia. No hay más que dedicarse a observar a los jóvenes de hoy día: muchos hay que se dedican ahora a parodiar a Wallace Reid, peinándose para atrás con la lengua de un gato más o menos familiar; a vestir con trajes llenos de cinturones y tableados, dignos de personas muy contrarias a nuestro sexo; a fumar en cachimba para darle más energía a la cara, aunque eso les cueste cincuenta y tres estornudos y sus correspondientes dolores de garganta [...].³⁹

Según otro crítico de la época estas apropiaciones se trataban, sin embargo, sólo de aproximaciones superficiales, ya que aparte de las modas no se asimilaba el trasfondo que había tras ellas, el cual era la emancipación de la mujer. Al

³⁸ Renato Molina Enríquez, “Exposición de motivos para la creación de una intendencia de control federal de películas cinematográficas, dependiente de la presidencia de la república”, AGN, *Presidentes, Pascual Ortiz Rubio*, exp. 179 (1930) 12113, p. 1, sin fecha (entre 1930 y 1932).

³⁹ *La Película*, 16 (8 sep. 1931), citado por PURCELL, “Una mercancía irresistible”.

menos las mexicanas, decía, seguían siendo sumisas y serviles a sus hombres.⁴⁰

CRÍTICAS

Las nuevas formas de entretenimiento llegadas de Estados Unidos fueron objeto de fuertes reacciones. Para los críticos más conservadores, el ascenso de una clase media al estilo norteamericano y el cada vez más importante papel de las mujeres en el espacio público representaba un motivo de preocupación.⁴¹ En cambio, las mentes más reformistas, provenientes en su mayoría de las clases medias, miraban con admiración hacia Estados Unidos en busca de orientación: lo consideraban el país en donde el futuro ya se estaba haciendo realidad.

Aquello que provenía de Estados Unidos tenía un efecto intimidante. En el norte parecía dominar un estilo de vida excéntrico y extravagante que para algunos resultaba aventurero y excitante, pero que era visto como frívolo e incluso obsceno por la mayoría. De hecho, la vida nocturna era de especial interés para los críticos. Los medios estaban llenos de comentarios e ilustraciones sobre este aspecto de la (in) cultura norteamericana, y los viajeros reportaban que Nueva York superaba en este sentido incluso a París, el antiguo precursor. Pero detrás de los comentarios moralizadores, en los que entre otras cosas se criticaba el alto volumen, la presunción y sobre todo la permisividad sexual de la sociedad norteamericana, se escondía con frecuencia una fasci-

⁴⁰ "Notes of a Journey", *Mexican Life* (abr. 1928), p. 34.

⁴¹ "El feminismo en EEUU", *Revista de Revistas* (13 feb. 1910), p. 16; *Revista de Revistas* (21 feb. 1915), p. 15.

nación por la vida de los bohemios en Greenwich Village, los clubes nocturnos de Manhattan o las orgías ilegales de alcohol en el país de la prohibición, lo que demuestra el elevado número de publicaciones sobre ellos.⁴²

Era en especial la permisividad que ofrecía Nueva York lo que chocaba a muchos observadores. El ambiguo clímax parecieron ser las así llamadas “Girl-Revues” (revistas de chicas), como las Hoffmann-Girls o las Ziegfeld-Follies, las cuales habían comenzado exitosamente a hacer giras por el mundo después de la guerra. El debate frente a este nuevo fenómeno fue intenso. Los comentaristas estaban fascinados por las mezclas de deporte, exhibicionismo y militarismo que ofrecían las “girls” como nueva forma de arte. En cuanto a estereotipos, se reconocía en las revistas la típica inclinación del yanqui hacia la estandarización y la mecanización. Sin embargo, aunque las chicas eran consideradas atractivas individualmente, en conjunto se les veía como una masa sin alma ni rostro, degradada y marcada por la típica nota de la eficiencia norteamericana. ¿Por qué eran entonces tan exitosas? Se llegó a la conclusión de que seguramente debía tratarse de un signo de adormecimiento del público, que no tenía sus sentidos preparados para formas de entretenimiento más exigentes. Las “girls” eran así también un signo del espíritu de los tiempos, en que la calidad era remplazada por la cantidad.⁴³

⁴² MOLINA, *Por las dos Américas*, pp. 107-111; “Nueva York de noche”, *Últimas Noticias* (10 sep. 1925), p. 15; “El delirio de Nueva York”, *Últimas Noticias* (11 jun. 1925); Antonio Heras, “Impresiones frívolas de EE.UU.”, *Diario Ilustrado* (16 sep. 1930), p. 15; “El tangolio, baile de moda en Nueva York”, *Revista de Revistas* (30 ago. 1925), p. 27.

⁴³ “El reclutamiento de bellezas”, *La Nación* (24 ene. 1924), p. 1; “Girls”, *La Nación* (11 mar. 1925), p. 1.

La comercialización del cuerpo humano alcanzó un punto alto en la obra de la bailarina francesa, pero nacida en Estados Unidos, Josephine Baker. Según opinión de observadores fascinados, Baker impactaba con su gracia exótica y salvaje. Ofrecía una nueva forma comunicativa y una danza enfocada en el cuerpo. Otros, por el contrario, vieron en ella simplemente a un “juguete moderno” y el clímax del primitivismo. Así, Baker era un producto de moda y con ello una buena representación de la civilización yanqui y de lo moderno como tal.⁴⁴ Daniel de la Vega, crítico cultural del periódico chileno *El Mercurio*, mostró su pesimismo ante la enorme influencia que una bailarina como Baker ejercía sobre las masas, la cual, de manera lenta pero segura, amenazaba con desplazar las formas tradicionales de cultura:

Josefina Baker no es otra cosa que el estandarte de nuestra decadencia estética. ¿Cómo protestar contra ella si casi todo el público de hoy la lleva dentro? Ese respeto idolátrico por el esfuerzo físico, esos versos monstruosos de los poetas jóvenes, esa exagerada importancia que se le concede a los gustos de la masa, son millones de bailarinas negras que bailan en nuestras conversaciones, que nos llevan al teatro, que nos eligen las lecturas y se imponen en todas nuestras determinaciones.⁴⁵

También el jazz, que hizo posibles los nuevos tipos de baile y cuestionaba los modelos tradicionales de música, fue objeto de críticas. Se trataba, según opinión de los espectadores, de un “arte negro”, que pese a su supuesto pri-

⁴⁴ “Josefina Baker”, *La Nación* (17 oct. 1929), p. 3.

⁴⁵ Daniel de la Vega, “El arte negro”, *El Mercurio* (14 oct. 1929), p. 3.

mitivismo representaba la vanguardia de lo moderno.⁴⁶ Los defensores del jazz argumentaban que esta música representaba de mejor manera la mentalidad de los nuevos hombres y que calmaba las exigencias de una música “ligera” y bailable. Los críticos, en cambio, privaban al jazz de cualidades artísticas, hablaban de “ruido”, “poco melodiosas orgías de vibradores” y describían la música norteamericana como el “clímax del crimen musical” de la barbarie.⁴⁷ Según su opinión, el jazz era signo evidente del ocaso de los nuevos tiempos.

Los nuevos ritmos de baile fueron, a su vez, cuestionados. El tradicional acontecimiento de un baile de sociedad preocupaba a los comentaristas conservadores porque los hombres jóvenes trataban a sus damas sin respeto y carentes de toda fineza cuando bailaban con ellas “danzas de negros y de gauchos”.⁴⁸ Los comentaristas se centraron especialmente en los peligros que conllevaba el contacto corporal, intensificado por las livianas y ajustadas vestimentas.⁴⁹ Los movimientos de las nuevas danzas fueron considerados grotescos, pretenciosos e irritantes. La juventud, inspirada por Josephine Baker, pareció rendir homenaje a un nuevo primitivismo, en vez de moverse rítmica y graciosamente. Desde esta perspectiva, los nuevos bailes norteamer-

⁴⁶ Arthur Hoerce, “El Jazz-Band y la música de hoy”, *Revista de Educación*, 1 (1928), pp. 85-89. Los críticos remarcaban que aunque los yanquis abrazaban eufóricos el jazz, seguían discriminando a los afroamericanos en su país. “El problema negro en los EE.UU.”, *El Mercurio* (7 abr. 1929), p. 13; “Los negros, reyes del Jazz”, *Zig-Zag* (14 jun. 1930).

⁴⁷ “El principio de autoridad en los EE.UU.”, *El Industrial* (14 jul. 1923), p. 4.

⁴⁸ F. de Gys, “En un baile a la moda”, *La Nación* (3 ago. 1919), p. 3.

⁴⁹ RINKE, “Voyeuristic Exoticism”, pp. 159-182.

ricanos eran efectivamente inmorales y un peligro para la juventud. Un arte “negro”, engendro afroamericano, pareció ser un ataque frontal contra la cultura occidental de la cual los críticos culturales chilenos se sentían parte.⁵⁰ Había, sin embargo, diferencias entre un baile y otro. El fox-trot, por ejemplo, pareció ser mucho mejor aceptado en los hogares que el shimmy, que era definitivamente una danza de “teatruchos” que “ninguna familia decente bailaría”.⁵¹

El cine, por su parte, atentaba de un modo similar contra la moral tradicional. En Chile hubo quejas contra la “nor-teamericanización” que los yanquis realizaban mediante el cinematógrafo,⁵² en especial por la incitación al consumo presente en las películas. Ésta creaba aspiraciones difíciles de calmar en el contexto chileno, por lo que daba origen a insatisfacciones.⁵³ También para algunos críticos mexicanos el cine, al mostrar a las masas el estilo de vida norteamericano y entregar “falsos ideales de vida”, se convertía en un elemento disolvente y desmoralizador, que minaba “el sentido de raza, de idiosincrasia y de nacionalidad”. El peligro radicaba no sólo en sugerir con halagadores argumentos cinematográficos qué se debía comprar y hacer, sino en presentar ideales ajenos de vida, con vínculos conyugales y familiares debilitados y donde se glorificaba un tipo feme-

⁵⁰ “¿Son inmorales los bailes modernos?”, *Zig-Zag* (16 jun. 1923); Miguel Zamacois, “La locura negra”, *Zig-Zag* (9 ene. 1926).

⁵¹ “Concurso de bailes de Salón”, *Revista de Revistas* (20 sep. 1925), p. 34.

⁵² Comentario del español José M. Salaverría, “Perspectivas cinematográficas”, *La Nación* (15 nov. 1929), p. 3; RINKE, *Begegnungen mit dem Yankee*, pp. 196-222.

⁵³ “Norte América y el cine”, *El Mercurio* (5 jun. 1929), p. 5; “Por qué triunfa el cine norteamericano”, *El Industrial* (11 nov. 1929), p. 5; y “Todos contra Hollywood”, *Zig-Zag* (27 de abr. 1929).

nino “entre infantil y prostibulario”.⁵⁴ De nuevo la imagen femenina que ofrecía la cultura norteamericana era la que mayor resistencia despertaba, porque ponía en entredicho el papel tradicional que la mujer ocupaba en la familia y en la sociedad.⁵⁵

Los opositores de la cultura de masas moderna no limitaron sus ataques a las omnipresentes nuevas formas de danza y música o al cine, sino que ampliaron sus juicios peyorativos a la cultura norteamericana en general, la cual era señalada con frecuencia como “incultura”. Usaban conocidos estereotipos para desprestigiar las formas modernas de arte y entretenimiento como poco valiosas por su origen norteamericano.⁵⁶

El escritor norteamericano Waldo Frank, quien se hizo conocido en Latinoamérica por sus críticas a su patria, siempre era citado cuando voces antinorteamericanas ponían la atención sobre la superficialidad norteamericana, la falta

⁵⁴ Renato Molina Enríquez, “Exposición de motivos para la creación de una intendencia de control federal de películas cinematográficas, dependiente de la presidencia de la república”, AGN, *Presidentes, Pascual Ortiz Rubio*, exp. 179 (1930) 12113, p. 1, sin fecha (entre 1930 y 1932). Para el caso de Chile, véase PURCELL, “Una mercancía irresistible”.

⁵⁵ RINKE, “Voyeuristic Exoticism”. Para el caso mexicano, resulta interesante el escándalo que ocasionó entre diplomáticos mexicanos la presentación de un espectáculo de cabaret para soldados norteamericanos en Panamá, donde las bailarinas mexicanas, chicas modernas de pelo corto y casi desnudas, vestían los colores de su bandera y entonaban el himno nacional. Se consideró que esa no era la imagen de la mujer mexicana que se quería promover, y que México estaba mucho mejor representado por la imagen de la indígena tradicional y sumisa que aparecía en la película *La india bonita* de 1939. KIDDLE, “Cabaretistas and Indias Bonitas”, pp. 263-291.

⁵⁶ Cascabel, “Literatura americana”, *Hollywood* (dic. 1926), p. 19.

de tradiciones orgánicas y la consiguiente falta de entendimiento para cultura seria. Según esta visión Estados Unidos, por medio de su expansión global, amenazaba con llevar al mundo entero al abismo de una “tumba de la cultura”.⁵⁷

La comercialización de la cultura encontró especial rechazo e incomprensión. Era, según la opinión de los pesimistas culturales, signo del ascenso de las masas ignorantes que no estaban preparadas para la contemplación estética y que en vez de ello seguían ciegamente cualquier moda nueva y aceptaban la estandarización del gusto. Sobre esta base sólo podía crecer estupidez, y Estados Unidos representaba el poder mundial que guiaba a la nueva masa atontada.⁵⁸

Los críticos chilenos confirmaban este duro juicio reseñando una novela satírica del conocido escritor norteamericano Sinclair Lewis. Con la figura del “Babbit”, Lewis presentó en 1922 el ficticio prototipo del pequeño burgués materialista, presuntuoso y sin cultura. Su traducción al español en 1930 llevó la novela a un amplio público latinoamericano. Su autor fue considerado, junto con Upton Sinclair y Waldo Frank, una de las más famosas excepciones de la producción norteamericana. Las novelas de Sinclair, Frank y Lewis, que con frecuencia eran leídas en el extranjero como documentación, parecían confirmar los estereotipos que se tenía de Estados Unidos. En vista de la conformación de una clase media, comenzó a imaginarse también en Chile el ascenso de hombres masa al estilo de

⁵⁷ SANTELICES, *Esquema*, p. 117.

⁵⁸ PINOCHET, *El diálogo de las dos Américas*, p. 15. “El arte negro”, *El Industrial* (19 oct. 1929), p. 3; “El teatro norteamericano”, *El Mercurio* (6 nov. 1927), p. 5; “Un norteamericano medio”, *Zig-Zag* (15 feb. 1930).

Babbitt.⁵⁹ Cuando en 1930 Lewis ganó el premio Nobel, fue interpretado en Chile no como un reconocimiento a la cultura de Estados Unidos, sino antes que nada como un efecto de la crítica al “americanismo”.

En México, en tanto, la crítica a la cultura americana ponía el énfasis en su carácter imperialista y su afán de lucro, dos aspectos que, por sus relaciones históricas con ese país, los tocaban directamente. “Ningún rascacielos es centro de cultura”, decía un observador, sino que más bien se decide en ellos “la esclavitud de los pueblos chicos”.⁶⁰

Rechazo y temores como éstos marcaron la discusión de la norteamericanización en el plano cultural en los años veinte. No obstante, también hubo intentos de reorganizar las relaciones culturales entre Estados Unidos y América Latina en este periodo. Uno de éstos fue el desarrollo del intercambio estudiantil, que contribuyó a destruir los prejuicios sobre yanquis sin cultura. En los hechos, la mayoría de los viajeros afirmaba que Estados Unidos ofrecía una asombrosa diversidad cultural. A diferencia de aquellos chilenos o mexicanos cuyos imaginarios de Estados Unidos se alimentaban de la prensa contemporánea, los viajeros aprendieron a diferenciar y percibir que en este país del materialismo sin límites también había espacio para una gran cultura.⁶¹

⁵⁹ “La novela del día”, *El Mercurio* (23 sep. 1921), p. 1. Para la recepción, véase Magnani Tedeschi, “Sinclair Lewis y la vida norteamericana”, *Diario Ilustrado* (21 ene. 1923), p. 19. Waldo Frank visitó Chile en 1929 y fue celebrado como un “Profeta del nuevo mundo”: Manuel Rojas, “Reseña: Waldo Frank, *Primer Mensaje a la América Latina*”, *Atenea* 7 (1930/1), p. 356.

⁶⁰ Carlos Pellicer, “Nueva York, miserable maravilla”, *Hoy*, 22 (24 jul. 1937), p. 17.

⁶¹ MONTENEGRO, *Puritanía*, pp. 51-63; MOLINA, *Por las dos Américas*, pp. 117-121; Omer Emeth, “¿Quién es el más ‘yankee’ en los autores nortee-

En un memorable discurso de 1930, el embajador chileno en Estados Unidos, Carlos Dávila, dijo entre otras cosas que Estados Unidos estaba en condiciones de crear una nueva cultura. Según el embajador, Estados Unidos habría de dominar el mundo así como algún día lo habían hecho Roma o Atenas.⁶² Esta nueva cultura yanqui era una mezcla híbrida de diferentes fuentes y, desde el punto de vista de Dávila, la propagación de esta cultura y de la modernización traía consigo una promesa de futuro. Sin embargo, para muchos de sus oyentes seguía tratándose de una amenaza.

REACCIONES

Como antídoto a las amenazas de la norteamericanización hubo varias reacciones. En Chile, por ejemplo, se discutió la prohibición de las danzas modernas americanas siguiendo el modelo propuesto por la Italia fascista o la Unión Soviética. En México, en tanto, surgieron iniciativas como la propuesta de crear una Intendencia de Control Federal de Películas cinematográfica que pusiera coto a la “propaganda imperialista” por medio del cine.⁶³ Incluso, hubo quienes decidieron tomar “la justicia en sus manos”, llegando a rasurar a la fuerza la cabeza de un par de mujeres de pelo corto como castigo ejemplar a su actitud poco femenina.⁶⁴

americanos?”, *Familia*, 5 (jul. 1914), p. 1; “Arte en los EE.UU.”, *Zig-Zag* (3 ene. 1920); “El arte norteamericano”, *Diario Ilustrado* (5 jul. 1929), p. 9.

⁶² “Los EE.UU. están fabricando una cultura”, *La Unión* (7 jul. 1930), p. 1; “La conferencia del embajador señor Dávila”, *El Industrial* (12 jul. 1930), p. 3.

⁶³ MOLINA ENRÍQUEZ, “Exposición de motivos”.

⁶⁴ RUBENSTEIN, “The War on *Las Pelonas*”, pp. 57-80.

No obstante, aparte de estas reacciones inmediatas hubo un esfuerzo más profundo de oponer a las influencias extranjeras las prácticas culturales consideradas propias, con una exacerbación, por parte del Estado y de privados, del folklor nacional. Ésta respondía a su vez al tipo de nacionalismo culturalista que imperaba en el periodo, tanto en América Latina como en el resto del mundo occidental, y que basaba el “alma de la nación” en las tradiciones, las raíces, los orígenes étnicos —la “raza”—, el idioma y las expresiones culturales.⁶⁵ Estas corrientes se dieron tanto en Chile como en México, por lo que es posible establecer un paralelo entre ambos.

En Chile, además de promover el desarrollo de estilos artísticos “propios” y de música autóctona, se puso énfasis en el desarrollo de una cultura nacional de baile. En el marco de la retórica nacionalista del régimen de Ibáñez, la conciencia sobre la cultura popular, específicamente la consciente construcción de tradiciones como presunta expresión auténtica de la “chilenidad”, ganó importancia. Bailes populares, en especial la “típica cueca” chilena, así como el folklor, adquirieron un papel preponderante. Los bailes y la música folklórica eran parte del movimiento del “criollismo”, que propagaba una idea romantizada de la vida en el campo, y valían como expresión de los sentimientos y valores colectivos de los chilenos.⁶⁶

La “sana, alegre e inocente cueca”, se decía, era la respuesta directa a la amenaza que representaba la “invasión de la impúdica música negra”.⁶⁷ En la esfera estatal, estos deba-

⁶⁵ SUBERCASSEAU, *Historia de las ideas*.

⁶⁶ BARR-MELEJ, *Reforming Chile*.

⁶⁷ Juan Pelambre, “Bienvenidas la cueca y la canción chilena”, *Últimas Noticias* (15 mayo 1928), p. 3; “La cueca, baile de moda”, *Zig-Zag* (6 sep.

tes se materializaron en un primer proyecto de una política cultural nacionalista, que entre otras cosas contemplaba la subvención de teatros y cines chilenos y, sobre todo, del folklor nacional.⁶⁸ En los años treinta y cuarenta se daría el clímax de las políticas culturales que contemplaban campañas de “chilenidad”.

También en México hubo una política cultural nacionalista, bajo la conciencia de la historia propia y la construcción –o, según el entender de los contemporáneos, el “redescubrimiento”– de lo propiamente “mexicano”. La búsqueda de la mexicanidad estuvo presente ya desde la década de 1910 en todas las facciones revolucionarias. Lo mexicano asociado al pueblo –a diferencia de la época del porfiriato, en que se le limitaba a la burguesía– fue promovido como una manera de unificar las bases de apoyo y justificar las políticas revolucionarias. Pero también se le explotaría como una forma de frenar las influencias foráneas. El director del Comité Nacional de Turismo propondría en los años treinta que para que el turismo no deteriorara el “alma nacional” con su influencia extranjera, se explotara en dicha industria lo típico mexicano.⁶⁹

El nacionalismo se intensificó especialmente en la década de los veinte con la promoción que de él hicieron los gobiernos posrevolucionarios. Fue en esos años cuando se fueron definiendo los estereotipos de lo mexicano. Éstos

1924); “Nacionalismo y danzas”, *La Unión* (7 ene. 1928), p. 3; Joaquín Edwards Bello, “La cueca”, *La Nación* (9 jul. 1928), p. 5; ACEVEDO HERNÁNDEZ, *La cueca*.

⁶⁸ “La nacionalización del arte”, *Zig-Zag* (28 mayo 1927); “Una ley de la República”, *La Nación* (31 jul. 1930), p. 3.

⁶⁹ BERGER, *The Development of Mexico's Tourism Industry*, cap. 3.

presentaban, en un principio, gran heterogeneidad, ya que englobaban la diversidad de tipos regionales. Sin embargo, a lo largo de la década se fueron unificando en las figuras centralistas del charro y la china poblana, que opacaron a los demás personajes. El jarabe tapatío, por su parte, se impuso como baile típico por encima de las demás danzas tradicionales.⁷⁰

El folklor, sus bailes y personajes típicos no sólo fueron promovidos por los medios de comunicación, sino que fueron reforzados desde las escuelas y en los actos públicos, llegando a un público masivo. Paralelo a ello, se hicieron presentes en el mundo semiculto de la literatura y el arte de los muralistas.

Por su parte, en ambos países se dio también una revaloración y mitificación del pasado prehispánico, incorporando con fuerza al indio en la definición de lo nacional. En Chile, el antropólogo Ricardo Latcham rescató la herencia cultural mapuche, la cual pasó a ser parte de la representación nacional en la Exposición Iberoamericana de Sevilla de 1929.⁷¹ En México, cuyo indigenismo ya tenía raíces en el porfiriato, el tema indígena obtuvo un fuerte impulso gracias a la Revolución. El indio fue objeto de estudio de los antropólogos y de representación por parte de los muralistas, mientras la propaganda nacionalista recuperaba sus rituales, costumbres y vestimentas.⁷²

⁷⁰ PÉREZ MONTFORT, *Estampas del nacionalismo popular*, pp. 113, 119, 123-129.

⁷¹ DÜMMER SCHEEL, "Los desafíos de escenificar el 'alma nacional'".

⁷² KNIGHT, *Racismo, revolución e indigenismo*; PÉREZ MONTFORT, *Estampas del nacionalismo popular*, p. 165.

HIBRIDACIONES

Estas reacciones nacionalistas no estaban, sin embargo, exentas de la influencia extranjera. El refuerzo de los estereotipos se hacía no sólo pensando en el público nacional, sino también en quienes observaban a México o a Chile desde el exterior, sobre todo los potenciales turistas que ya desde la década de los veinte se procuraba con fuerza atraer en ambos países.⁷³ Para ellos se simplificaba la imagen de lo nacional, reduciéndolo a “tipos” y símbolos simples y unívocos, fáciles de reconocer, especialmente para un público simplificador y conformista como el americano.⁷⁴ Además, se escenificaban las fiestas típicas de forma especial para el turista y se adaptaban algunas de ellas a su gusto, como ocurría en México con el toreo, que se ejecutaba con un trato “digno” hacia el animal para agradar al espectador foráneo. Por su parte, se creaban artesanías en especial para el consumo turístico. Es en ese sentido que Ricardo Pérez Montfort sostiene, para México, que la creación de estereotipos fue en parte un proceso de norteamericanización, en tanto surgiría de la adaptación a las expectativas del público norteamericano.⁷⁵

¿Qué esperaba ese público? En primer lugar, exotismo. Llegar a un lugar en donde primara lo primitivo y lo tradicional, tan distinto a lo que se veía en el día a día en el propio país. El folklor, como representación “pura y sin

⁷³ BERGER, *The Development*; “Organización y propaganda del turismo”, *El Mercurio* (10 sep. 1928); BOOTH, “Turismo y representación del paisaje”.

⁷⁴ PÉREZ MONTFORT, ‘*Down Mexico way*’, p. 159.

⁷⁵ PÉREZ MONTFORT, ‘*Down Mexico way*’, p. 175.

contaminar” de lo popular nacional, venía a llenar las ansias de motivos pintorescos de los turistas. La revista *Mexican-American*, por ejemplo, publicaba crónicas de viaje y descripciones que buscaban resaltar a México como un lugar predominantemente diferente para un público norteamericano. Contrastaban la originalidad de la cultura mexicana, con su “siesta” y “fiesta”, con la cotidianidad del “american way of life”.⁷⁶ Uno de los signos de ese exotismo eran las ruinas arqueológicas: no por nada se promocionaba a México como “el Egipto de América”. En Chile, en tanto, se prometían paisajes incontaminados⁷⁷ y todo un “Chile típico” compuesto de “tipos populares” –el huaso, el roto, el mapuche– y el folklor y artesanías que eran parte de su expresión cultural.⁷⁸

Sin embargo, el turismo también tenía expectativas de confort, seguridad y entretención que había que satisfacer, y que derivaban en el consiguiente desarrollo de hoteles, carreteras y locales de vida nocturna. Mientras México construía en la década de los treinta la carretera Laredo-México y levantaba lujosos hoteles, Chile promovía modernos balnearios y el prometedor casino de Viña del Mar, inaugurado en 1930. Así, al tiempo de fortalecer el contenido del imaginario nacional popular, el turismo promovía a su vez un estilo norteamericano por medio del desarrollo de infraestructura y oferta cultural. Estos adelantos estaban presentes en la promoción que del país se hacía en el exterior, pasando también a formar parte del imaginario.

⁷⁶ PÉREZ MONTFORT, ‘*Down Mexico way*’, p. 163.

⁷⁷ *El Mercurio* (23 dic. 1928); *Catálogo-guía del pabellón de Chile: Exposición Ibero-Americana*, Sevilla, 1929-1930.

⁷⁸ SUBERCASEAUX, *Historia de las ideas*.

Sobre México se decía que era exótico, pero igual de seguro que estar en Estados Unidos, y que tenía todas las comodidades necesarias. En los años cuarenta se le promovería en el exterior como una mezcla de tradición y modernidad.⁷⁹

La hibridación se dio no sólo por medio del turismo, sino por la apropiación que los artistas nacionalistas hicieron de las corrientes foráneas. La tradicional zarzuela se presentaba en México a veces con canciones modernas de jazz,⁸⁰ mientras en las revistas se publicaban partituras de versiones en español de ritmos extranjeros, como el foxtrot titulado “Puebla” de Carlos R. Bueno.⁸¹ No por nada un crítico advertía a los músicos norteamericanos que protegieran los derechos de sus obras, ya que en México era muy común que aparecieran canciones populares americanas con letras nuevas en español y con el nombre de un “maestro” mexicano en la portada.⁸² También en Chile aparecían versiones locales del foxtrot y del shimmy, como el “foxtrot araucano” que en 1929 ganó el primer premio en un concurso de música chilena organizado por la RCA Víctor.⁸³ Del mismo modo, celebraciones tomadas de Estados Unidos, como fue el “Mother’s Day” desde 1922, se convertían con el tiempo en verdaderas fiestas nacionales. Este proceso de asimilación fue llamado por Carlos Monsiváis “la mexicanización de la americanización”, que también podría funcionar como “chilenización”. En ella, se asimila, se revisa, se modifica en

⁷⁹ BERGER, *The Development*; ZOLOV, “Discovering a Land”.

⁸⁰ John Overstreet, “Shall we go to a Theatre, Dearie[...]?”, *Mexican Life* (ene. 1925), p. 13.

⁸¹ *Revista de Revistas* (7 mar. 1926), pp. 30-31.

⁸² “Old Gags for New”, *Mexican Life* (mar. 1926), p. 36.

⁸³ GONZÁLEZ, “Vertientes”, p. 39.

el camino, y “al cabo de algunas vueltas la adaptación que vino de Estados Unidos, ya está lista para verse defendida como parte admirable de la tradición nativa”.⁸⁴

CONCLUSIONES

Las influencias culturales norteamericanas en Chile y México ya estaban tomando forma durante el primer tercio del siglo xx. Pese a las diferencias geográficas e históricas entre ambos países, es posible ver importantes similitudes en sus procesos tempranos de “norteamericanización”. Las progresivas facilidades para viajar y, especialmente, la circulación de símbolos culturales mediante los medios de masas, hicieron que la cercanía geográfica no fuera condición previa para el encuentro con la cultura norteamericana. Así, es posible ver que el proceso se dio en Chile de manera relativamente similar a México. Por un lado, se generó en los centros urbanos de ambos países un escenario parecido, donde los más aventurados podían bailar al son de los nuevos ritmos, vestir según las modas de Hollywood o habitar modernas casas “higiénicas”. Por otro lado, la influencia norteamericana fue vista por muchos chilenos y mexicanos como una amenaza a la que había que frenar y oponer resistencia. Llama la atención que en ambos casos se recurriera a la promoción de la cultura propia como defensa ante la influencia foránea.

La recepción de las formas culturales norteamericanas no fue pasiva, sino que implicó un proceso de apropiación

⁸⁴ MONSIVÁIS, “¿Cómo se dice OK en inglés? (De la americanización como arcaísmo y novedad)”, en ECHEVERRÍA (ed.), *La americanización de la modernidad*, p. 103.

y reelaboración que adaptaba los nuevos estilos a la realidad local o los combinaba con expresiones propias. De ahí que del contacto cultural con Estados Unidos surgieran, en México y Chile, elementos nuevos, híbridos y heterogéneos. Sin embargo, también en el intento de posicionar una identidad nacional propia hubo procesos de hibridación, en tanto se adaptaron y simplificaron ciertos símbolos nacionales en busca de satisfacer las expectativas del turista norteamericano.

La forma en que se desarrolló este proceso en las primeras décadas del siglo xx sentaría las bases para la ola norteamericanizadora que vendría después de la segunda guerra mundial. Cabe preguntarse si las similitudes entre el caso mexicano y el chileno dan pistas de cómo se vivió este proceso en el resto de América Latina.

SIGLAS Y REFERENCIAS

NA National Archives College Park Md.

ACEVEDO HERNÁNDEZ, Antonio

La cueca: orígenes, historia y antología, Santiago, Nascimento, 1953.

ASTIÉ-BURGOS, Walter

Encuentros y desencuentros entre México y Estados Unidos en el siglo xx: del porfiriato a la posguerra fría, México, Porrúa, 2007.

AZUELA, Alicia y Guillermo PALACIOS (eds.)

La mirada mirada. Transculturalidad e imaginarios del México revolucionario, 1910-1945, México, El Colegio de México, Universidad Nacional Autónoma de México, 2009.

BARR-MELEJ, Patrick

Reforming Chile: Cultural Politics, Nationalism, and the Rise of the Middle Class, Chapel Hill, University of North Carolina Press, 2001.

BERGER, Dina

The Development of Mexico's Tourism Industry: Pyramids by Day, Martinis by Night, Nueva York, Palgrave Macmillan, 2006.

BOOTH, Rodrigo

“Turismo y representación del paisaje. La invención del sur de Chile en la mirada de la Guía del Veraneante (1932-1962)”, en *Nuevo Mundo Mundos Nuevos, Debates*, 2008, <http://nuevomundo.revues.org/25052>.

BREINIG, Helmbrecht (ed.)

Interamerikanische Beziehungen: Einfluß-Transfer-Interkulturalität, Frankfurt a. M., Vervuert, 1990.

CAPARRÓS-LERA, José María (ed.)

Historia & Cinema 25 aniversario del Centre d'Investigacions Film-História, Barcelona, España, Universitat de Barcelona, 2009.

CORONIL, Fernando

“Beyond Occidentalism: Toward Nonimperial Geohistorical Categories”, en *Cultural Anthropology*, 11 (1996), pp. 52-87.

DELPAR, Helen

The Enormous Vogue of Things Mexican. Cultural Relations between the United States and México, 1920-1935, Tuscaloosa, University of Alabama Press, 1992.

DOTY, Roxanne Lynn

Imperial Encounters: The Politics of Representation in North-South Relations, Minneapolis, University of Minnesota Press, 1996.

DÜMMER SCHEEL, Sylvia

“Los desafíos de escenificar el ‘alma nacional’: Chile en la Exposición Iberoamericana de Sevilla (1929)”, en *Historia Crítica*, 42 (sept.-dic. 2010), pp. 84-111.

ECHEVERRÍA, Bolívar (ed.)

La americanización de la modernidad, México, Ediciones Era, Centro de Investigaciones sobre América del Norte, Universidad Nacional Autónoma de México, 2008.

FEIN, Seth

“Everyday Forms of Transnational Collaboration: U.S. Film Propaganda in Cold War Mexico”, en JOSEPH, LEGRAND y SALVATORE (eds.), 1998, pp. 400-450.

GAMIO, Manuel

“The Indian Basis of Mexican Civilization”, en VASCONCELOS y GAMIO, 1926, pp. 103-186.

GARCÍA CANCLINI, Néstor

Hybrid Cultures. Strategies for Entering and Leaving Modernity, Minneapolis, University of Minnesota Press, 2005.

GODOY, Álvaro y Juan Pablo GONZÁLEZ (ed.)

Música popular chilena: 20 años, 1970-1990, Santiago, Ministerio de Educación, 1995.

GONZÁLEZ, Juan Pablo

“Vertientes de la música popular chilena”, en GODOY y GONZÁLEZ (ed.), 1995, pp. 38-43.

GUDIÑO, María Rosa

“Salud para las Américas y Walt Disney. Cine y campañas de salud en México, 1943-1946”, en AZUELA y PALACIOS (eds.), 2009, pp. 179-204.

HANNERZ, Ulf

Cultural Complexity. Studies in Social Organization of Meaning, Nueva York, Columbia University Press, 1992.

HILTON, Sylvia y Steve ICKRINGGILL (eds.)

European Perceptions of the Spanish-American War of 1898, Frankfurt a.M., Lang, 1999.

JOSEPH, Gilbert

“Close Encounters: Toward a New Cultural History of U.S.–Latin American Relations”, en JOSEPH, LE GRAND y SALVATORE (eds.), 1998, pp. 4-13.

JOSEPH, Gilbert, Catherine Carlisle LE GRAND y Ricardo Donato SALVATORE (eds.)

Close Encounters of Empire. Writing the Cultural History of US-Latin American Relations, Durham, Duke University Press, 1998.

JOSEPH, Gilbert, Anne RUBENSTEIN y Eric ZOLOV (eds.)

Fragments of a Golden Age. The Politics of Culture in Mexico since 1940, Durham, Duke University Press, 2001.

KIDDLE, Amelia M.

“*Cabaretistas and Indias Bonitas: Gender and Representations of Mexico in the Americas during the Cárdenas Era*”, en *Journal of Latin American Studies*, 42 (2010), pp. 263-291.

KING, John (ed.)

Mediating Two Worlds: Cinematic Encounters in the Americas, Londres, BFI, 1993.

KNIGHT, Alan

Racismo, revolución e indigenismo: México, 1910-1949, Puebla, Universidad Autónoma de Puebla, 2004.

KÖNIG, Hans Joachim y Stefan RINKE

North Americanization of Latin America? Culture, Gender and Nation in the Americas, Stuttgart, Heinz, 2004.

KROES, Rob

If You've Seen One, You've Seen the Mall: Europeans and American Mass Culture, Urbana, University of Illinois Press, 1996.

LOMNITZ, Claudio

"'Americanization' and Mortuary Ritual", en *Hispanoamericana*, 16 (2004), pp. 67-88.

MEYER, Lorenzo y Josefina Z. VÁZQUEZ

México frente a Estados Unidos. Un ensayo histórico, 1776-1980, México, El Colegio de México, 1982.

MOLINA, Enrique

Por las dos Américas: notas y reflexiones, Santiago, Minerva, 1920.

MONTENEGRO, Ernesto

Puritania: fantasías y crónicas norteamericanas, Santiago, Nascimento, 1934.

MORENO, Julio

Yankee don't go home! Mexican nationalism, American business culture, and the shaping of modern Mexico, 1920-1950, Chapel Hill, N.C., University of North Carolina Press, 2003.

NEDERVEEN, Jan

"Hybridity", en RITZER (ed.), 2007, pp. 2188-2191.

NUGENT, Daniel (ed.)

Rural Revolt in Mexico: U.S. Intervention and the Domain of Subaltern Politics, Durham, Duke University Press, 1998.

OLCOTT, Jocelyn (ed.)

Sex in Revolution. Gender, Politics, and Power in Modern Mexico, Durham, Duke University Press, 2006.

PALMER, Ransford W. (ed.)

U.S.–Caribbean Relations. Their Impact on Peoples and Culture, Westport, Praeger, 1998.

PÉREZ MONTFORT, Ricardo

'Down Mexico Way.' Expresiones populares y estereotipos culturales en México, México, Centro de Investigaciones y Estudios Superiores en Antropología Social, 2007.

Estampas del nacionalismo popular, México, Centro de Investigaciones y Estudios Superiores en Antropología Social, 1994.

PINOCHET, Tancredo

El diálogo de las dos Américas, vol. 1, La Habana, Todamérica, 1918.

PRATT, Marie Louise

Imperial Eyes: Travel Writing and Transculturation, Londres, Routledge, 1992.

PURCELL, Fernando

“Una mercancía irresistible. El cine norteamericano y su impacto en Chile, 1910-1930”, en *Historia Crítica*, 38 (mayo-ago. 2009), pp. 46-69.

RINKE, Stefan

Cultura de masas, reforma y nacionalismo en Chile, 1910-1931, Santiago de Chile, Dibam, 2002.

Begegnungen mit dem Yankee: Nordamerikanisierung und soziokultureller Wandel in Chile, 1898-1990, Colonia, Böhlau, 2004.

“Voyeuristic Exoticism or the Multiple Uses of the Image of U.S. Women in Chile”, en KÖNIG y RINKE (eds.), 2004, pp. 159-180.

RITZER, George (ed.)

Blackwell Encyclopedia of Sociology, vol. 5, Singapur, Blackwell Publishing Ltd., 2007.

ROSEBERRY, William

Anthropologies and Histories. Essays in Culture, History, and Political Economy, Piscataway, Rutgers University Press, 1989.

“Americanization in the Americas”, en ROSEBERRY, 1989, pp. 80-121.

“Social Fields and Cultural Encounters”, en JOSEPH, LE GRAND y SALVAROTE (eds.), 1998, pp. 515-524.

ROSENBERG, Emily

“Turning to Culture”, en JOSEPH, LE GRAND y SALVATORE (eds.), 1998, pp. 497-514.

RUBENSTEIN, Anne

“The War on *Las Pelonas*: Modern Women and Their Enemies, Mexico City, 1924”, en OLCOTT (ed.), 2006, pp. 57-80.

SANTELICES, Augusto

Esquema de una situación económico social de Ibero-América, Santiago, Nascimento, 1930.

SUBERCASEAUX, Bernardo

Historia de las ideas y de la cultura en Chile. Nacionalismo y cultura, Santiago, Universitaria, 2007.

UGARTE, Manuel

La nación latinoamericana, editado por Norberto Galasso, Caracas, Biblioteca Ayacucho, 1978.

VASCONCELOS, José y Manuel GAMIO

Aspects of Mexican Civilization. Lectures on the Harris Foundation 1926, Chicago, The University of Chicago Press 1926.

VEGA ALFARO, Eduardo de la

“Modernidades de una misma crisis. La exhibición del cine hispano en México D. F. y Lima-Callao (1930-1939)”, en CAPARRÓS-LERA (ed.), 2009, pp. 263-276.

WILKINS, Mira y Frank Ernest HILL

American Business Abroad: Ford on Six Continents, Detroit, Wayne State University Press, 1964.

ZOLOV, Eric

“Discovering a Land ‘Misterious and Obvious’: the Renarrativizing of Postrevolucionary Mexico”, en JOSEPH, RUBENSTEIN y ZOLOV (eds.), 2001, pp. 234-272.

